

norma, para decirlo con palabras de Uribe Villegas, pertenece al "plano del habla", al de la relación entre los grupos sociales y la elección de variables lingüísticas, y no atañe a la lengua, al sistema, que impone otro tipo de obligaciones.

Este tema se relaciona con el de la planeación lingüística, tratado en la obra a partir de la lectura de Einar Haugen, autoridad indiscutible en la materia. Pero parece que la política lingüística será objeto de próximas publicaciones por parte del profesor Uribe.

En resumen, la obra de Uribe Villegas ofrece una amplia y útil información sobre los campos de interés para la sociolingüística y sobre los problemas de sus dos "disciplinas-madre". El esfuerzo, en un tema tan poco tratado todavía hoy en nuestro medio, se debe ver correspondido por un público que comienza a interesarse en el estudio científico de las relaciones entre las lenguas y las sociedades.

LUIS FERNANDO LARA

El Colegio de México.

MANUEL ALVAR, *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*. Madrid, Ed. Gredos, 1969; 167 pp., ilustrs.

Se reúnen en este volumen dos comunicaciones leídas en sendos congresos de romanistas,<sup>1</sup> debidamente ampliadas y puestas al día. La homogeneidad de los temas tratados en ambas proporciona absoluta coherencia al libro. En él une Alvar, a su profundo conocimiento teórico de la lingüística en general y de la geografía lingüística en particular, su amplia experiencia como investigador y autor de varios atlas regionales.

La primera parte es una inteligente y ecuaníme exposición de las razones que permiten armonizar las más nuevas corrientes lingüísticas con la tradición románica y dialectológica, el estructural-

<sup>1</sup> La primera, sobre el "Estado actual de la dialectología románica", se presentó en el XII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas (Bucarest, 1968), y la segunda, relativa a "Les nouveaux atlas linguistiques de la Roumanie", fue leída en el Colloque International de Civilisations, Litteratures et Langues Romanes (Bucarest, 1959). Esta última había aparecido ya, dentro de la Colección Filológica de la Universidad de Granada, en su versión española: *Los nuevos atlas lingüísticos de la Rumania*, Granada, 1960.

lismo descriptivo con la diacronía tradicional: "Por muy cerrada que sea la estructura de una lengua siempre hay elementos o procesos íntegros que sólo se pueden explicar desde la historia o desde los otros integrantes culturales, a los que no se debe renunciar si no queremos mutilar nuestro propio conocimiento" (p. 19). Y esta visión global, comprehensiva, del hecho lingüístico, le lleva en las conclusiones a hacer suyas —como hago también— las palabras de Claus Hutterer: <sup>2</sup> "La investigación no puede ser completa, y deforma, falsifica la realidad, si estudia la lengua aislándola de los factores llamados *metalingüísticos*, o sea del entorno que determina sus varios aspectos, sobre todo si este aislamiento se hace no sólo desde un punto de vista concreto, metodológico, sino también en un sentido absoluto, según el ejemplo de las llamadas ciencias exactas, sobre todo las matemáticas." <sup>3</sup> Porque, en efecto, sólo metodológicamente puede hacerse una división de los factores internos y de los externos que gobiernan la vida y el funcionamiento de cualquier idioma: "Para unos (los estructuralistas) no hay conexión entre la evolución de la lengua y la evolución de la sociedad; para otros (N. I. Marr) no hay posibilidad de evolución interna. Una y otra postura son erróneas, puesto que no se puede hacer abstracción de la sociedad al analizar un hecho social como es la lengua, pero tampoco se puede ignorar que en toda <sup>4</sup> transformación los factores más importantes son los internos. El equívoco ha estado en considerar la lengua sólo como un sistema de signos, cuando es, además de ello, un instrumento de comunicación" (p. 90).

Por supuesto que Alvar aboga por una dialectología estructural <sup>5</sup> —de ahí, por ejemplo, su insistencia en la necesidad de

<sup>2</sup> Cf. *La geografía lingüística y la dialectología*, Montevideo, 1965, p. 17.

<sup>3</sup> Puesto que, como bien advierte Alvar, se corre el peligro de incurrir en un nuevo mecanismo cercenador: "Si unos lingüistas viejos pensaron en las ciencias naturales, otros, nuevos, lo hacen en las matemáticas" (p. 91). "En un plano estrictamente sincrónico podrán describirse de un modo semejante todas las lenguas, pero no se podrán explicar del mismo modo todos los hechos de todas las lenguas. Porque entonces el estructuralismo vendría a caer en los mismos males que combate: haberse convertido en un conjunto de principios mecánicamente aplicables, sin tener en cuenta el desarrollo de la lengua sobre el que han actuado factores extralingüísticos" (p. 22). Claro que eso sería hacer *mal* estructuralismo, cosa nada improbable cuando las doctrinas se llevan a extremos nunca previstos por sus propios creadores.

<sup>4</sup> ¿No será un poco excesivo el adjetivo *toda*?

<sup>5</sup> Aunque acaso el argumento de que se sirve en la p. 30 ("los cuestionarios [geográfico-lingüísticos] se ordenan, precisamente, en campos semánticos") no llegue a convencer a los estructuralistas, por cuanto que la concep-

atender, al preparar los cuestionarios dialectales, no sólo a lo fonético, sino también a lo fonológico (pp. 119 y 163) —, pero se niega a identificar "lingüística", en general, con una cualquiera de las variadas parcelas que la integran. Su afán es el de mostrar la compatibilidad de las distintas actividades lingüísticas, su respectiva validez, su frecuente coincidencia. Así, la sociolingüística, no es, de ningún modo, algo extraño o ajeno a la filología románica: Hace ya muchos años, Passy habló de los dialectos *verticales*, y García de Diego de los dialectos *sociales* (cf. p. 56), y desde entonces la dialectología no ha ignorado la importancia que revisten los hechos sociolingüísticos. Un estudio dialectal serio debe atender a las diferencias idiomáticas debidas a las distinciones de sexo, de nivel cultural y de edad, así como a las estrictamente geográficas, de modo que confluyan en consideraciones diastráticas, diacrónicas y diatópicas; en consecuencia, concluye el profesor Alvar, "son perfectamente compatibles los métodos sociológico y geográfico" (p. 62), aunque claro está que cada uno se ocupa de determinados aspectos lingüísticos con mayor atención y acuciosidad que el otro.

En la segunda parte del libro, analiza detenidamente su autor varias cuestiones metodológicas de la cartografía lingüística, en que es indiscutido maestro. Pone en relieve el alto valor del *Nouvel Atlas Linguistique de la France par régions* promovido por Albert Dauzat, valor debido, sobre todo, al propósito de proporcionar una imagen coherente y global de la dialectología francesa, frente al atomismo, a la fragmentación "en una abigarrada diversidad" (p. 103) en que incurren los atlas regionales concebidos independientemente los unos de los otros. De ahí que Alvar se incline, como método cartográfico ideal, hacia el preconizado por Dauzat, a pesar de las dificultades que su ejecución implique. No tiene por qué haber antagonismo entre los grandes atlas nacionales y los regionales, sino coordinación, y armonía.<sup>6</sup> Claro que esa necesaria coexistencia plantea ciertos problemas metodológicos muy concretos:

a) El de la conveniencia o inconveniencia de usar varios cuestionarios. Según Alvar, "la pluralidad de cuestionarios parece

ción de campo semántico en un cuestionario dialectal no es exactamente la misma que en una estructura léxica cerrada.

<sup>6</sup> "Los Atlas nacionales y los Atlas regionales deben coexistir y en modo alguno excluirse. El Atlas nacional dará sentido a lo que queda, como garabato de duda, en los Atlas regionales, y éstos —no he dicho otra cosa— llegan al pormenor que debe ser desatendido en aquéllos" (p. 165).

tolerable [¿no necesaria?] <sup>7</sup> en los Atlas nacionales; es perfectamente inútil en los Atlas de pequeños dominios" (p. 123). Paralelamente, la red de los atlas nacionales, para resultar abaricable, deberá ser muy clara, en tanto que la de los atlas regionales tendrá que ser mucho más densa (pp. 158 y 164).

b) La magnitud de este tipo de empresas hace aconsejable el empleo de varios investigadores, "siempre y cuando no se llegue a la atomización del trabajo" (p. 137). El encuestador único requeriría de un tiempo excesivo para llevar a cabo la investigación.

c) Por lo que respecta a la conveniencia de entrevistar a uno o a varios informantes, Alvar se declara partidario de la primera solución: "Para rellenar el cuestionario en un punto cualquiera, vale un solo sujeto" (p. 139). No obstante que "en determinados casos hay que repetir, con sujetos de sexo distinto, una buena parte de la encuesta", <sup>8</sup> como norma general Alvar considera suficiente el empleo de informante único: "Éste, al menos, ha sido mi criterio en los Atlas que he realizado: un sujeto para cada localidad; con él rellenaba todo el cuestionario. Después, informes secundarios de los conocedores de cada oficio me permitían completar la terminología de las pequeñas técnicas: almazaras, molinos, fragua, carpintería, etcétera." Es ésta la única cuestión planteada en este luminoso estudio con la que no puedo estar enteramente de acuerdo. Creo que la pluralidad de informantes es muy conveniente —si no necesaria— en todos los casos, no sólo en las grandes ciudades o cuando se trata de cubrir algún léxico especializado. Durante el levantamiento de las encuestas encaminadas a delimitar las zonas dialectales de México <sup>9</sup> nos hemos servido en cada población de un mínimo de cuatro informantes (por lo general, dos analfabetos —hombre y mujer—, otro de la clase sociocultural media, y otro instruido), y sólo en un 30

<sup>7</sup> Cf. las palabras, poco después, del propio Alvar: "En resumen, creo que para explorar grandes dominios conviene un cuestionario general y otros adaptados a las peculiaridades de cada región; mientras que en los Atlas de pequeños dominios no se debe usar más que el cuestionario único, reducido en los grandes centros ciudadanos a aquello que puede ser conocido en la vida urbana" (p. 126).

<sup>8</sup> "Me refiero a las áreas fronterizas o zonas de gran efervescencia dialectal" (p. 140). "Idéntico procedimiento hay que seguir en las capitales" (p. 141).

<sup>9</sup> Cf. la noticia que de esa investigación he dado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIX (1970), pp. 1-11.

por ciento aproximadamente de los casos hemos recogido respuesta uniforme. Lo *normal*, pues, han sido el polimorfismo —más o menos congruente, más o menos sistematizable. Por otro lado, como el propio Alvar indica en la parte primera de su trabajo, es conveniente que la dialectología atienda a las variantes lingüísticas debidas a diferencias de edad, sexo y nivel social (cf. *supra*), lo cual resulta obviamente imposible si el investigador se sirve de un solo sujeto informador. Ciertamente que la consulta a varios informantes en cada localidad encarece y retrasa mucho la investigación. Pero la seguridad, al menos relativa, de los datos así recopilados obliga —creo— a emplear tan oneroso y lento procedimiento. Por lo menos en las efervescentes —polimórficas— hablas de México.

JUAN M. LOPE BLANCH

GIULIO C. LEPSCHY, *La linguistica strutturale*. 3ª ed., Torino, 1970; 244 pp. (*Piccola Biblioteca Einaudi*, 79).

Es ésta una síntesis de los principios fundamentales de las diferentes escuelas estructuralistas y de las obras principales de los más destacados representantes de cada una de ellas. El autor entiende por estructuralismo todo estudio de una lengua que sigue, de una u otra manera, los postulados metodológicos presentados por Saussure en el *Cours de linguistique générale*.

Dado el carácter sumario de este manual, ciertos conceptos no quedan pormenorizadamente expuestos, por lo que, para lograr una profunda comprensión de ellos, es indispensable recurrir a la rica bibliografía —en ocasiones luminosamente comentada— a la que Lepschy hace referencia. En consecuencia, este libro es una lúcida y muy recomendable guía para quienes se inician en el estudio del estructuralismo. Dado este carácter introductorio de la obra, su autor, a fin de lograr una mayor claridad de exposición, contrapone con frecuencia el estructuralismo al comparativismo (cf. pp. 22, 32, 76-77 y 81). Por igual motivo, encauza al lector, con ágiles comentarios, hacia la comprensión de las distintas posturas estructuralistas; sin embargo, sus indicaciones no pueden considerarse críticas —en el sentido estricto de la palabra— sino que son más bien comentarios personales, a los que añade penetrantes sugerencias, de gran utilidad para los estudiosos de la lingüística.